

PADILLA. Ella fué la autora deste ardid.
 ENRIQUE. Y será aurora que á mis penas traiga el día. *(Papel.)* *(Lee.)* «Aunque mi vida en tu ausencia será muerte, por no verte sin vida, elijo la muerte que temo sin tu presencia. Huye, Enrique, la violencia de un lisonjero cobarde, que haciendo engañoso alarde, inventa traiciones nuevas: contigo el alma me llevas: muerta quedo. Dios te guarde». *(Habla.)* Sólo con mudo silencio estime el alma este bien, que con razones no es bien si imposibles reverencio.
 BENAVID. La ocasión insta; dejemos palabras que hiperbolizas: las dos llaves son hechizas, su favor aprovechemos cuando se duerma la gente.
 ENRIQUE. Simón Vela ¿no podrá salir conmigo?
 BENAVID. Será ponerte á riesgo evidente; porque un triste calabozo tu favor hace imposible; es el Alcaide terrible y extranjero el poble mozo.
 ENRIQUE. Librele el cielo, pues yo no puedo.
 PADILLA. Mira por ti; y harás hartó.
 ENRIQUE. Amigo, di á la Infanta, que salió como el sol tras los nublados, que venció su libertad, como á darme libertad á desmentir mis cuidados; que en bronces de duración eterna, ha dejado impreso el favor que la confieso.
 BENAVID. ¿Piensas partirte á Aragón?
 ENRIQUE. No, amigo, que determino desmentir las diligencias que han de intentar las violencias traidoras. Mejor camino juzgo que es, por despoblados, el guiar á Portugal.
 PADILLA. Su Rey es, señor, tu tío.
 ENRIQUE. Vivir á su sombra fio mientras el riesgo mortal en que traidores me han puesto durare.
 BENAVID. Si el de Aragón sabe tu persecución él pondrá remedio presto.
 PADILLA. Sal con recato y cautela. *(Cubren la mesa.)*
 ENRIQUE. ¡Ah cielos, si en dicha tanta, pudiera llevar la Infanta y librar á Simón Vela! *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen el INFANTE DON PEDRO, DON GONZALO y FERNÁN ROBLES, como de noche. DON ENRIQUE encubierto.

GONZALO. Muy en la memoria tiene el Rey lo que os prometió.
 PEDRO. Es Rey, en fin,
 GONZALO. Juzgo yo que si á la Infanta entretiene, es por partirse mañana á Salamanca, y querrá, Marqués, que os caséis allá, porque va con él su hermana; y puesto que no la ha dado noticia de esto, barrunto que quiere que vaya junto el saberlo y darla estado.
 PEDRO. Con esos dulces engaños alivio melancolías, juzgando las horas días, midiendo las horas años.
 GONZALO. Siempre el esperar fué malo.
 PEDRO. Don Gonzalo de Extremera, quien espera, desespera. *(Don Enrique, rebozado.)*
 ENRIQUE. Nombrar oí á don Gonzalo; el amor que me encamina como á su esfera, al terrero, me manda que hable primero á mi doña Catalina. Mas hanme estorbado el paso traidores que me han vendido:
 PEDRO. Ya los dos habéis sabido que en sus amores me abraso. Si no es la Infanta mi esposa mataréme ¡vive Dios!
 ENRIQUE. Este es mi hermano y los dos traidores. Difícil cosa me parece acometellos.
 FERNÁN. Otro rondante ha venido.
 ENRIQUE. ¡Animo! Ya me han sentido; solo estoy ¡venganza á ellos! ¡Haga aquí mi esfuerzo alarde!
 PEDRO. Reconozcamos quien es.
 ENRIQUE. Traidores son todos tres, y el traidor siempre es cobarde.
 PEDRO. ¿Quién es?
 ENRIQUE. Un hombre que viene con solamente una cara.
 FERNÁN. Señal es singular y clara.
 ENRIQUE. Hay alguno que dos tiene, y en prueba de su interés conozeo tres hombres yo en quien la traición pintó seis caras, aunque son tres.
 GONZALO. Algún loco debe ser.
 FERNÁN. No hagáis caso dél, dejalde.
 PEDRO. Diga quien es, ó matalde.
 ENRIQUE. Soy, si lo queréis saber, un hombre que á vuestra tienda, donde vive el interés, viene á comprar de los tres su lealtad, si hay quien la venda. ¿Qué dices, hombre?
 PEDRO. Esto es llano;
 ENRIQUE. todos tres dais en vender,

ESCENA XI

Habrán unas peñas lo más altas y ásperas que se pudiere y en lo enriscado de ellas saldrá GARDENCHO, pastor, dando voces. Después TIRSO, DORINGO, PAYO, CRESPO y MARTÍN.

y aún yo sé de un mercader que puso en venta á su hermano. Mas, discúlpale el amor.
 PEDRO. ¡Mientes!
 ENRIQUE. ¡Buena el mentís es! ¿Luego no sois vos, Marqués, marcado ya por traidor?
 PEDRO. ¡Muera!
 TODOS. ¡Muera!
 ENRIQUE. ¡Aduladores! ¡llegad; que aunque es desigual el número, el que es leal vale más que mil traidores.
 FERNÁN. ¡Muerto soy! *(Cae dentro.)*
 ENRIQUE. Un traidor menos tiene ya España.
 GONZALO. El huir es fuerza, por no morir. *(Vase.)*
 ENRIQUE. Esperad, vasallos buenos.
 PEDRO. La espada se me ha caído; ¿qué es ésto, fortuna airada?
 ENRIQUE. No es mucho perder la espada quien su lealtad ha perdido. Castigaréte, villano, con privarte de las armas, que pues de traiciones te armas y vendes tu mismo hermano, la espada te es escusada; que, quien se ocupa en vender las honras, no ha menester para tal oficio espada. *(Vase.)*
 PEDRO. De cólera quedo loco. ¿Tal afrenta he de escuchar? Mas, pues fui traidor, callar, que todo este oprobio es poco. El que vive de esta suerte á morir mal se convida, que siempre á una mala vida se sigue una mala muerte. *(Vase.)*

ESCENA X
Sale SIMÓN VELA, alborotado, siguiendo una voz que dentro se habla en diversas partes.
 SIMÓN. Voz extraña y peregrina, tu presencia me consuele; sino es que mi muerte vele ¿ya qué he de velar?
 VOZ. Camina, por la parte que me escuchas y saldrás de esa prisión:
 SIMÓN. Para un miserable son, voz santa, estas dichas muchas. Sólo oígo la consonancia de tu voz, y no te veo.
 VOZ. Para cumplir tu deseo busca la Peña de Francia; que el cielo, con mano franca, mil venturas te promete. ¿Pues dónde la hallaré?
 SIMÓN. Vete, Simón Vela, á Salamanca.
 VOZ. Pues de este riesgo cruel me libras, voz, y me guías, llámeme el mundo Tobías, llamaréte mi Rafael. *(Vase.)*

GARD. ¡Ah, chivato! Verá el diablo que dello que se encarama. ¡Ruchoo; manchado, á la rama! Eso sí, huir; ¡por San Pabro! que si desato la honda que yo haga que bajéis. ¡Rucho, ahol! ¿Qué, no queréis? ¿pues qué llamaros no bonda? pues aguardad, cabra roin, y ahorraremos de trabajo. *(Tira con la honda.)*
(Vienen, bajando por la otra parte de las peñas, Tirso, Doringo, Payo y Martín, serranos.)
 TIRSO. Crespo, Cardencho, á lo bajo; Damón, Doringo, Martín, á lo bajo.
 DORINGO. Sancho, Payo, bajad ya, si heis de escoger el que esta vez ha de ser quien ha de cortar el mayo.
 PAYO. ¡Buena va, gritar y dalle tiesos tenéis los gargüeros!
 TIRSO. ¡A lo bajo carboneros!
 TODOS. ¡A lo bajo, al valle, al valle! *(Bajan todos.)*
 DORINGO. Anda, Tirso, que á Melisa el mayo has hoy de cortar.
 PAYO. Si, hablale de llevar Tirso, bueno.
 CARD. Andar á prisa.
 PAYO. Si á mí me tocase el mayo dichosa será Teruela.
 MARTÍN. Buen cuidado vos desvela; ¿mas que no le lleváis, Payo?
 PAYO. ¿Mas que me toca, Martín?
 MARTÍN. Apostemos la pollina.
 PAYO. Cuál la rucia ó la mohina?
 MARTÍN. La rucia y vuestro mastín.
 PAYO. No chero apuestas con vos.
 CARD. Salve y guarde, buena gente.
 TIRSO. Ea, cada cual se asiente.
 CARD. ¿Tirso acá? Manténgaos Dios. *(Siéntanse en corro.)*
 ¿Hase hecho mucho carbón?
 CRESPO. De cargar seis carros vengo de encina.
 PAYO. De brezo tengo un razonable montón; pero parece de encina según recocado está.
 DORINGO. Eso á Salamanca irá.
 PAYO. Sí, pero no tan ahina, que tengo dos bueyes malos.
 TIRSO. Y yo echados á perder dos carros.
 MARTÍN. No hay son poner ruedas, estacas y palos, que allá ganaréis el dobre; porque aquellos escolares compran costales á pares

de encina y también de roble.
 PAYO. Sí, allá no faltan dineros; pero bien se satisfacen con las burlas que mos hacen á los pobres carboneros.
 CARD. ¡Oh, qué bravo pescozón me dió uno en el mercado á coto jueves pasado!
 DORIN. ¿Cómo?
 CARD. Vendiendo carbón, llegó un escolar roín, y los ojos levantando, como que estaba mirando la torre de San Martín, á decir, gritando, empieza: ¡Que se cae la torre al suelo! Yo, que estaba sin recelo, alzo, á verla, la cabeza arriba, y á mala vez que la alcé, me sacudió un pasa acá, que me echó al colodrillo la nuez.
 CRESPO. Pues si yo á decir empiezo mis burlas, no acabarán.
 DORIN. ¡Huego de San Cebrían los abrasel!
 CRESPO. En el pescuezo me metieron dos avispas que aun me duran los ronchones.
 TIRSO. Malos son los avispones.
 DORIN. ¡All herrero que echa chispas!
 MARTÍN. ¿Quién ha de cortar el mayo para prantarle en la alberca, nueso puebro, que se acerca el primero d'í?
 PAYO. ¿Quién? Payo.
 CRESPO. ¡Mas nonadal!
 PAYO. Para vos.
 CARD. Yo le tengo de llevar.
 PAYO. Crespo, ¿hemos de comenzar?
 DORINGO. Presto os quillotráis los dos. Echad suertes.
 TIRSO. Buena traza.
 MARTÍN. Eso es ahorrar de rencilla.
 CARD. Si el Mayo llevo á Belilla le he de prantar en la plaza y mosicalla, de suerte que no se ose el sacristén competilla.
 PAYO. ¿Cantáis bien?
 CARD. Tengo el chorro claro y fuerte.
 DORINGO. Cada cual meta un listón en mi carapuzo luego.
 TIRSO. Si el Mayo saco, un borrego le presento á San Antón.
 CARD. Este encarnado, me dió Belilla.
 CARD. A mí este pajizo, Gila.
 TIRSO. Buen regalo os hizo; del regazo se quitó este azul, Melisa hermosa.
 (Van echando cada cual su listón en la caperuza.)
 PAYO. Huéralo si no afeara con tanta peca la cara; pero peca de pecosa.

TIRSO. Y aun de fácil.
 PAYO. Este verde, me dió Teresa.
 MARTÍN. Y á mi Liris, este carmesí.
 CARD. Ya por vuestro amor se pierde.
 DORINGO. Todos están dentro ya, quiero revolverlos bien.
 TIRSO. ¿Quién ha de sacarlos?
 DORINGO. ¿Quién? Cardencho los sacará, que es simple.
 CARD. No os dé fatiga.
 DORINGO. El primero que saliere le lleve.
 TIRSO. A quien Dios le diere San Pedro se le bendiga.
 (Saca el azul Cardencho.)
 DORINGO. El azul salió.
 TIRSO. Melisa se lleva el Mayo.
 PAYO. A pesar.
 DORINGO. ¿De dó le cuidáis cortar?
 TIRSO. Mirándose está en la risa de ese río, que de Francia se nombra, un álamo branco, y un tronco me ofrece franco para el Mayo, de importancia; Crespo, trepando por él me le podrás desgajar.
 CARD. ¡Que le hubiese de llevar Tirsol! ¡Voto al sol cruel, que he de cortar otro yo, y á las puertas de Belilla le he de hincar!
 DORINGO. En una villa no ha de haber si un Mayo.
 MARTÍN. No.
 CARD. Díerale la capa parda de los disantos por él.
 PAYO. ¿La capa?
 CARD. La de buriel.
 TIRSO. ¿Y qué os pondréis?
 CARD. Una albarda.
 MARTÍN. El álamo está muy alto, ¿heis de poderle reparar?
 CARD. Dejádme vos desnudar, veréis cuan ligero salto.
 DORINGO. ¿Pues aquí os dejáis el sayo?
 CARD. Quiero sobir en camisa.
 TIRSO. ¡Qué alegre ha de estar Melisa viendo á sus puertas el Mayo.
 (Dejan el sayo allí y vánse.)

ESCENA XII

Sale DON ENRIQUE.

De Ciudad Rodrigo huyendo he venido hoy hasta aquí, porque en sus plazas oí el pregón que estoy temiendo. Pena tiene de la vida quien no me entregare al Rey ó el que quebrando esta ley me diere hospicio y comida; mil ducados por mí dan

y mi vida puesta en precio alborota al vulgo necio. Terribles peñas están por aquí, riscos groseros; buscando los hombres andan mi vida; si no os ablandan, como á todos, los dineros, amparadme, pues tocáis con vuestras cimas al cielo. Si de vuestro altivo vuelo su piedad participáis, aquí en vuestra compañía podrá vivir mi lealtad; que la llaneza y verdad en los desiertos se cría. Mas, válgame Dios, ¿qué es esto? mi pensamiento fué error, el vestido de un pastor delante el cielo me ha puesto; en cuanto la vista alcanza no hay humano por aquí; fortuna, al hallarse así vuelve á alentar mi esperanza. Por este quiero trocalle, mas, mi parecer no es bueno, que á quien se viste de ajeno le desnudan en la calle. No sé el consejo que elija.

ESCENA XIII

Por lo más alto bajan el CONDE DE URGEL, muy viejo, en traje de carbonero, y ELVIRA, de serrana, como andan en la Peña de Francia.—Dicho.

CONDE. Baja con tiento la peña que voy á hacer partir leña para hacer el carbón, hija: si bien dejar tu presencia me obliga á que recelando el alma que palpitando la da aliento tu asistencia, más es muerte; prenda mía en el camino te aguardo no vuelvas con paso tardo, que sin ti, la sangre fría rematará mi vejez.
 ELVIRA. En habiendo visto el Mayo no más, padre, de una vez, que pulen los carboneros de la villa, junto al río, éste que es de cristal frío, volveré al momento á veros de rosas y flores llena, porque os pienso coronar la frente, aunque llegue á hurtar la juncia al valle, y verbena; traeré rosas y retamas que, ciñendo vuestras sienas, vos remocen.
 CONDE. Mientras vienes, en pago de lo que me amas, mi Elvira, te prevendré un tarro de natas lleno, pan blanco y no de centeno,
 (Van bajando.)

sino de trigo y que esté con miel y leche amasado, y dos abrazos después con que nueva vida des al corazón desmayado. No caigas, baja con tiento. No haré, padre.
 ELVIRA. Por aquí.
 CONDE. que no es tan áspero.
 ELVIRA. Si no suele volar el viento más ligero que yo bajo por estas peñas; ya estoy avezada.
 CONDE. Yo me voy al encinar, que el trabajo siempre da poca ganancia si su dueño no le mira. Vuelve temprano, mi Elvira, luz de la Peña de Francia.
 ELVIRA. Yo iré luego.
 CONDE. ¡Tiempo cruel!
 ELVIRA. grandes tus mudanzas son, pues anda haciendo carbón don Jaime, Conde de Urgel
 (Entrase por arriba.)
 ENRIQUE. Ahora bien, por no ser muerto será fuerza el disfrazarme; Dios debió de depararme en medio de este desierto este rústico vestido.
 ELVIRA. ¡Santa Olalla! ¿Y qué es aquello? Hombre parece.
 ENRIQUE. Este cuello y el acero aquí, escondido estará con el sombrero y la capa.
 ELVIRA. ¿Qué querrá her, que quitándose está la ropa?
 ENRIQUE. ¡Ay tiempo ligero!
 ELVIRA. Que garrido sayo y bragas; parécese al San Martín que en somo del su rocín da la capa al de las llagas.
 ENRIQUE. Bien encubierto está aquí.
 ELVIRA. Escondida quiero ver que es lo que pretende her. Un vestido tiene allí de serrano, y se le pone en somo del tafetán.
 ENRIQUE. Traidores héchome han pastor, el traje perdone de mis primeras hazañas, pues que tan mal me han pagado.
 ELVIRA. El alma me ha quillotrado el garzón.
 ENRIQUE. ¡Fieras montañas! ya soy vuestro habitador.
 ELVIRA. ¡Ay Dios y que mal me ha hecho esto! ¿Quién es? En el pecho siento como un arador que no hace son picar el corazón con abrojos, después que miré sus ojos. Aojada debo estar; hablarle quiero; mas, no,

que debe de ser pecado.
Nunca en el pecho me ha dado
el mal que agora me dió.
Arabien, yo vo ¿qué espero?
Mas ¿si en viéndome se enoja
y me deja? ¿Hay tal congoja?
Habrárele pracencero;
pero mijor es reñirle
porque el sayo se vistió
que entre las matas halló,
que me muero por decirle
el no se qué, que me mata.

ENRIQUE. Podrá ser vuelva á buscar
su vestido á este lugar
el dueño, pues que me trata
ansi mi estrella traidora,
Esperar quiero que venga:
haréle que por bien tenga
el ampararme.

(Llégase Elvira á don Enrique.)

ELVIRA. En mal hora
don ladrón, hurtéis el sayo
que no es vuestro.

ENRIQUE. Una serrana
he visto, aurora ó mañana.

ELVIRA. ¿Están los otros el mayo
cortando, y deja el vestido
el que subió á desgajalle
y venis vos á hurtalle,
para que esotro garrido
no se os manche, que debajo
traeis? Yo lo vi, ladrón.

ENRIQUE. ¿Ladrón?

ELVIRA. (Ap.) Sí que el corazón
me tien. (A él.) ¿Qué ventura os trajo
aquí? Yo se lo diré
al alcalde de la Alberca,
que os agarre, que aquí cerca
está.

ENRIQUE. Alcalde ¿para qué?
Vos tenéis la cara tal
y tales ojos tenéis,
que libertades prendéis,
más no para hacerlas mal.
Este sayo hallé, sin dueño,
en este bosque escondido;
ando por aquí perdido
y con temor no pequeño.
Impórtame no ser muerto
el que no sepan quien soy
y por vos seguro estoy
que no seré descubierto;
pero amparado de vos,
porque esos hermosos ojos
no son para dar enojos
si no es de amores.

ELVIRA. ¡Ay Dios!
¿Qué bien que lo sermonizal
No lo habra el cura tan bien
cuando junto al sacristén
sermona, casa ó bautiza,
como el polido garzón.
No se que tien en la boca
que cada razón me toca
las telas del corazón.

ENRIQUE. ¿Daisme licencia, serrana,
que así me quede vestido?

¿ó quitarele?

ELVIRA. Habéis sido
bién criado; mucho gana
la mesura, buen provecho
vos haga, no os le quitéis
que con él me parecéis
un pino de oro.

ENRIQUE. ¡Buen pecho!
que la rústica se ablanda.

ELVIRA. Si el dueño suyo viniere
y acaso le conociere
(que con los serranos anda
cortando el mayo) en mi casa
tiene el mi padre criados
para el carbón, y ganados,
porque es su hacienda sin tasa.
No vos faltará vestidos,
uno de ellos le hurtaré
que mijor que este os esté.

ENRIQUE. Con favores tan crecidos
me obligas. Dame esa mano.

ELVIRA. ¿Pues qué queréis her con ella?

ENRIQUE. ¿Qué? Besarla.

ELVIRA. ¡Mas mordellal!

ENRIQUE. Su donaire es soberano;
en besártela procura
mi dicha este bien pagar.

ELVIRA. ¿No hay son llegar y besar?
¿Es mi mano la del cura?

ENRIQUE. Sí, pues cura de mi bien.

ELVIRA. Esla ahí.

ENRIQUE. ¿Qué blanda y bellal
es cuajada, es leche, es pella
de nieve, ¿qué es lo que ven
mis ojos? ¿Entre estas peñas
cria el cielo tales manos?
Palacio, que á cortesanos
nata das manos enseñan
ven y verás maravillas
en esta rústica sierra
que ninfas de plata encierra.

ELVIRA. (Aparte.) El alma me hace cosquillas
desde que su mano toco.

ENRIQUE. ¡Con qué donaire me miral
¿cómo es vuestro nombre?

ELVIRA. Elvira.

ENRIQUE. Estoy oyéndola loco.
Ya mi amorosa arrogancia,
sus presunciones destierra.
¿Cómo se llama esta tierra?

ELVIRA. ¿Esta? La Peña de Francia.

ENRIQUE. (Aparte.) La que busca Simón Vela
será sin duda.

ELVIRA. ¡Ay de mí!

ENRIQUE. En fin ¿tienes padres?

ELVIRA. Sí,

aunque sin madre y agüela.

ENRIQUE. ¿Y querráme por criado?

ELVIRA. ¿Luego no? Cien carboneros
tien y treinta ganaderos;
yo le haré que de buen grado
vos reciba.

ENRIQUE. Pues, serrana,
desde hoy en tu casa estoy.

ELVIRA. Llena de contento voy.

¿Sabréis her carbón?

ENRIQUE. Mañana

pienso ensayarme.

ELVIRA. En buen hora,
dejad el vuestro vestido
en esta cueva escondido,
no le tope alguno agora,
que yo volveré por él,
y en la mi arca de castaño
vos le guardaré.

ENRIQUE. ¡Qué extraño
donaire!

ELVIRA. Daréos por él
(en llegando á casa) un sayo
con que conocer no os pueda
el dueño dese, que queda
con los otros por el mayo;
y cuando allá no le haya,
yo sé coser, y os haré
uno, que al vivo os esté,
aunque descosa una saya.

ENRIQUE. ¿Viose afición semejante?
Seguir este oficio quiero;
podrá ser que, carbonero,
tenga más dicha que Infante.
¡Ay, mi doña Catalina,
á no ser tanto tu amor,
pudiera ser que el favor
y hermosa peregrina
desta serrana, en tu ausencia,
de mi hiciera sacrificio;
porque obliga el beneficio
y enamora la frecuencia.
Pero está el alma obligada
á lo mucho que te debo.

ELVIRA. Chispas en el alma llevó
á fe que vó quillotrada.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen cantando los Pastores y Tirso con el mayo.

TODOS. (Cantan.) «Entra Mayo y sale Abril:
¡cuán garridico le vi venir!»

UNO. «Entra Mayo coronado
de rosas y de claveles,
dando alfombras y doseles,
en que duerma amor, al prado;
de trébol viene adornado,
de retama y torongil.

TODOS. «Entra Mayo y sale Abril,
¡cuán garridico le vi venir!»

TIRSO. Oído os habrá Melisa,
plantalde aquí, que si está
despierta, ella acudirá,
si es que mi amor le da prisa.
Quizabes saldrá con ella
Elvira, la de nueso amo.

TIRSO. ¡Oh! en escuchando el reclamo
se eruirá, ¡bonita es ella!
MARTÍN. Diz que es muy inficionada
á la musquina.

TIRSO. No sé
que tien desde ayer, que hué

anoche mencilizada
á cenar, y en el garcón
que recibieron ayer,
no hacia son poner
los ojos.

MARTÍN. Malicias son.
TIRSO. ¡Pregue á Dios no dé la Elvira
con el Mayo algún traspicé,
que temo algún daño á fe
después que tanto le miral

CRESPO. ¡Y qué triste que está el viejo
cuidando es enfermedál

TIRSO. Dejemos eso y cantá.

CRESPO. Canten que ya yo lo dejo.

TODOS. (Cantan.) «Si quieres, etc.»

ESCENA II

MELISA y ELVIRA.—DICHOS.

MELISA. Sal Elvira á la ventana
y verás el mayo verde
con que el mal no se te acuerde
que tienes, y á la mañana,
que cubiertos los carrillos
del encarnado arbol,
la viene puniendo el sol
con sus rayos los zarcillos.
Vuelva á tus labios la risa
que hasta aquí mos alegraba.
ELVIRA. No puedo aunque quiera.

Acaba.

MELISA. Duéleme el alma, Melisa.
DORINGO. ¡Tirso, Tirso! á la ventana
Elvira y Melisa están.

TIRSO. Templad pues, y escocharán
las dos el canto de gana.

TODOS. (Cantan.) «Si queréis, etc.»

TIRSO. ¿Qué decís de la musica?

MELISA. mi Melisa ¿haos contentado?

TIRSO. Lindamente lo heis cantado.

MELISA. Así mi amor se pobrica

la mi Melisa agraciada;

¡pardiez! que os me semejáis,

cuando escochándome estáis,

á la ventana asomada,

á la mi yegua que deo

garrida cuando la cincho,

que alegre escucha el relincho

del cuartago del concejo.

MELISA. Y á mí la vuesa musquina

me semeja al dulce son

que hace con el carbón

la cárreta si rechina.

ELVIRA. ¡Ay, Dios!

MELISA. ¿Agora sospira

tu dolor, Elvira hermosa?

ELVIRA. Estó muy melanciosa.

TIRSO. ¿Qué tiene nuesa ama, Elvira?

ELVIRA. No sé.

TIRSO. ¿Quiere que tañamos

para que se alegre?

ELVIRA. No,

que antes el canto me dió

tristeza.

DORINGO. Pues bien cantamos.

TIRSO. ¿La musquina no resiste

ELVIRA. el mal que causa la pena?
No, que el alegría agena
es tormento para el triste.
Échalos de aquí, Melisa,
que tengo que te contar.
TIRSO. ¿Queréisme una cinta dar?
MELISA. Después, que ahora esté deprisa.
Ponte enfrente de la Igreja,
que en pellizcándote yo
es señal que te la dó.
TIRSO. Ya es tarde, que la madeja
del sol, las cabezas mira
de nuestros riscos. ¿Iréme?
MELISA. Sí.
TIRSO. ¿Y qué has de her?
MELISA. Tornaréme
á la cama con Elvira,
que está mala.
TIRSO. ¿Pese al mall!
MELISA. ¿A cantar no heis de volver?
TIRSO. Sí, mas por dónde ha de ser?
MELISA. ¿Por dó? Por el trascorral.
ELVIRA. Ven Melisa, que me muero.
MELISA. ¿Dónde?
ELVIRA. Bajemos abajo.
(Aparte) Mi desdicha acá nos trajo
al polido forastero. (Vanse.)
DORINGO. ¿Hase cantado bien?
TIRSO. Si;
vamos, daréos de almorzar.
PAYO. ¡Par Dios!
TIRSO. Hasta reventar.
DORINGO. ¿Y el mayo?
TIRSO. Quédese así. (Vanse.)

ESCENA III

Salen ELVIRA y MELISA.

MELISA. Digasme tú, la serrana,
adamada de faciones,
aunque del sol ofendida
porque nunca dél te escondes;
así de tus pensamientos
los dulces empleos goces,
y contra lisonjas tiernas
tengas el pecho de bronce:
¿qué nuevo mal te entristece
desde ayer, que las colores
del abril de tu hermosura
muestran penas interiores?
¿Hizote mal con los ojos
algunos de los garzones
que por vengar los que matan
intenta añublar tus soles?
¿Has tomado alguna yerba,
entre el torongil que comes,
cuyo veneno te cria
tan desabridos humores?
¿Comes carbón, yeso ó tierra
como las damas de Corte,
que diz que adrede se opilan
por andar las estaciones?
¿Has visto alguna fantasma
del alma, que Dios perdona,
que se aparece en la Igreja
á los que pasan de noche?

Si es amor, la mi serrana,
y acaso no le conoces,
bachillera de su huego
sus travaduras me hicioren.
Una abeja es, pequenita
que tiene dos agujones
de amor y aborrecimiento,
¡huego en él, qué bien se escondel!
A quien le conoce olvida,
ruega á quien no le conoce;
no hay agravio que le venza,
no hay ausencia que le borre.
Antaño por este tiempo
á la sombra de aquel robre
me dió por alma un serrano:
¡hoguera soy desde entonces!
Ni sé lo que es libertad
ni que es quietud; que el chicote
ciego, mátalas callando,
no suelta si una vez coge.
ELVIRA. ¡Ay, mi Melisa! Esas señas
son las que al pie de aquel monte
conoci en la buena lanza
que dices; ¡nunca él se logrel!
VÍ (nunca yo le mirara)
de yuso un álamo, un hombre
que se me entró por la vista
á robarme el corazone.
Hice recibirle á padre,
sirve en casa; pero el joven,
si es de mi padre criado,
es dueño de mis pasiones.
¿Qué he de her, serrana mía,
que las entrañas me comen
unas cositas que sienten
tamañas como aradores?
¡Ay, Dios!

MELISA. Que, en fin, es Mireno,
Elvira, el tu lindo amore?
¡Merécelo, que es garrido!
Sosiega y no te congojes,
que para que le encadenes
yo te daré dos liciones,
que en el su amor te hagan ducha
y su libertad quillotres.
ELVIRA. Chitón, que mi padre viene.
¿Vos sois amor, picarote?
¡Bellacas burlas tenedes;
quien no os conoce que os compré!

ESCENA IV

Sale el CONDE, de carbonero.—DICHAS.

CONDE. Tan de mañana, mi Elvira,
no es vuestro mal muy pequeño
pues tan poco os dura el sueño:
espejo donde se mira
mi vejez ¿cómo os sentís?
¿Permanece el mal pasado
de anoche? ¿Habéis reposado?
Pero los bellos rubís
de vuestras mejillas, hija,
según quebrados están,
cuenta, aunque mudos, me dan
de vuestra pasión prolija.
Respóndeme, ¿de qué son
tus males?

ELVIRA. No me los mientes.
CONDE. Dime, ¿dónde el dolor sientes?
ELVIRA. Padre, aquí, so el corazón.
MELISA. Alguna melancolía
tiene, lo mejor será
dar orden, si triste está,
de alegrarla.

CONDE. Elvira mía,
¿quieres ir á Salamanca?
ELVIRA. No, padre.

MELISA. Elvira, sí, sí.
CONDE. Ea, por amor de mí;
comprarás con mano franca
cuantas cosas imagines;
comprarás medias de grana,
gala, aunque gruesa, serrana,
y colorados botines;
cuentas de plata, labradas
que á tu pena den alivio;
cruces de Santo Torjbio
y dos patenas, que, á osadas,
no las traiga en nuestra sierra
otra zagala mejores.
Contigo irán mis pastores,
con las cosas de la tierra,
que al mercado cada jueves
llevan.

ELVIRA. ¿Qué pastores son?
CONDE. Con los carros del carbón,
porque quien te sirva lleves,
irán Crespo y Tirso.

MELISA. Bueno,
y á Melisa llevarás,
¡vaya! ¿Pero no han de ir más?
CONDE. El nuevo zagal Mireno,
si gustas, irá también.

ELVIRA. Si que es de entretenimiento.
(Ap.) ¿Con él de ir? ¿Qué contento!
(A su padre.) ¿Y ha de ser hoy?

CONDE. Sí.
ELVIRA. Pues ven,

quizaves sanaré allá.
CONDE. Pon á tus congojas treguas,
que, si bien catorce leguas
de aquí Salamanca está,
sobre tu manso pollino
podrás á tu placer ir.

ELVIRA. (Aparte.) A Mireno he de decir
el mi amor por el camino.

CONDE. Durmiendo deben de estar
los mozos.

MELISA. ¿No han despertado?
CONDE. Duermen, en fin, sin cuidado,
¡siempre los he de llamar!
Tirso, Cardencho, Doringo,
Payo, Mireno.

TODOS. (Dentro.) ¿Quién llama?
CONDE. Alto, dejemos la cama.
¿Pensáis que es hoy el domingo?

ESCENA V

Salen DORINGO, MARTÍN, CARDENCHO, CRESPO, cada uno de por sí, y luego PAYO, desnudo, con un candil.—DICHOS.

PAYO. Ya vamos, no grite tanto.
CONDE. El sol ha salido ya.

MARTÍN. Si, el sol; la luna será.
MELISA. Madrugad, que no es di santo.
CARDEN. Buenos días mos de Dios,
con toda la compañía.
CRESPO. Buenos días, si es de día.
CONDE. ¿Bostezando salís vos?
CRESPO. Y tras uno daré mil;
porque de sueño me cayo.
¿Quién llama?

PAYO. ¿Do, bueno Payo,
MELISA. desnudo y con el candil?

DORINGO. Que es de día mentecato.
¿Do vas?

PAYO. Yo sé donde vo.
¿Nuevo amo no me mandó
buscar el freno del gato?
Pues ando en busca del freno.
MELISA. Vete á vestir, ¿qué, aún porfias?

ESCENA VI

Sale don ENRIQUE, de carbonero.—DICHOS.

ENRIQUE. ¡Oh, nuevo amo, buenos días!
ELVIRA. ¡Qué garrido es mi Mireno!
MELISA. Como el sol.

PAYO. ¡Pardiez, que creo
que es de día!

DORINGO. ¿No lo ves?
PAYO. A vestir me vuelvo, pues. (Vase.)
ELVIRA. En su vista me recreo.

CONDE. A aderezar las carretas
que han de llevar el carbón.

ELVIRA. (A don Enrique.) También vais allá
CRESPO. ¿Cuántos vamos? [garzón.
CONDE. No te metas

en danza; ve á echar el heno
á los bueyes; tú á poner
los costales.

CRESPO. Voilo á her.
(Vanse los pastores.)

CONDE. Y vos, amigo Mireno,
también habéis de ir allá.

ENRIQUE. Que me praxe.
CONDE. Tú, Melisa,

corre y adereza aprisa
de almorzar; mira si está
puesta la olla.

ELVIRA. Ve, y deja
ajos, pan, vino y cebolla.

MELISA. Ya lo tien todo la olla,
con cecina y con oveja.

CONDE. Parece que das indicios
de estar buena.

ELVIRA. Estarlo espero
presto.

ENRIQUE. infante y carbonero.
¡Medrando voy en oficios! (Vanse.)

ESCENA VII

Salen el REY, don PEDRO y don GONZALO.

REY.

¿Que no se haya el infante descubierto,
ni nuestra diligencia haya bastado
á atajarle la fuga, vivo ó muerto?

GONZALO.
Algún traidor ayuda le habrá dado,
y puesto en Aragón.

REY.
Será esto cierto.
Pero, don Pedro, lo que me ha admirado
es que se fuese sin dejar abierta
de la prisión, pared, postigo ó puerta.

GONZALO.
Aunque el Alcaide atormentado ha sido
y las guardas con él, no hay quien confiese
haberle dado ayuda.

REY.
En fin, ha huido.

PEDRO.
(Aparte.) ¡Que aquella noche tan valiente fuese!
¡Que diese muerte al uno, el otro herido!
Mi vergüenza el silencio vil confiese.
¡Oh que valiente es siempre la inocencia!
¡Mas, para la verdad no hay reticencia!

REY.
Mañana haré que os dé su hermosa mano
quiera mi hermana ó no.

PEDRO.
La tuya franca
empuñe el Imperial globo romano.
(Aparte.) Hermosa Infanta, que tu mano blanca
gozar merezco ¡oh bien vendido hermano!

REY.
Haced que apreste fiestas Salamanca
para la boda, en toda esta semana,
que quiero ser padrino de mi hermana.

(Vanse.)

ESCENA VIII

Sale SIMÓN VELA, vestido de estudiante.

SIMÓN VELA.
¡Voz santa, que de Francia me sacaste
y libre en Salamanca me pusiste!
sin que diese don Juan Segundo al traste
con la vida que siempre defendiste.
En Salamanca estoy, tu me mandaste
que la Peña buscase ¿en qué consiste
de todo mi camino la importancia?
¿cuándo, pues, te he de hallar, Peña de Francia?

ESCENA IX

Salen DORINGO y PAYO, carboneros.—Dicho.

PAYO.
Algún diablo mos trujo á Salamanca.
Huye, Doringo, que estos escolares
me tienen criba la mitad de una anca.

DORINGO.
Revienten ¡pregue á Dios! por los hijares,
hánme metido un alfiler de á branca,
tres veces pur de zaga.

PAYO.
A mi dos pares
de mamonas me han hecho, y con saliva
me dieren por la boca.

DORINGO.
Estó hecho criba.
Si en la Peña de Francia cojo á alguno,
yo os voto á San Antón y á su cochino,
que no se ha de volver á casa ayuno
sin probar la corteza á medio encino.

PAYO.
No quiere Dios que allá vaya ninguno.
¡Ay, Doringo!

DORINGO.
¿Qué tienes?

PAYO.
Que me fino:
á la Peña de Francia me vó luego.

SIMÓN VELA.
¿Peña de Francia? ¡Cielos!

DORINGO.
Ten sosiego.

PAYO.
Estoy de alfilerazos derrengado,
¿y quieres que sosiegue?

SIMÓN VELA.
Amigo, amigo,
¿á dónde está la Peña que has nombrado?

PAYO.
¿Otro escolar? Apártese, le digo.

SIMÓN VELA.
No tengas miedo.

PAYO.
No, que remilgado
llega á picarnos.

DORINGO.
¡Dóle al enemigo!

SIMÓN VELA.
Escucha.

PAYO.
No hay escuchas.

SIMÓN VELA.
¡Qué ignorancia!
¿Dónde la Peña está, decid, de Francia?

DORINGO.
No os lleguéis.

SIMÓN VELA.
Pues enseñame esa Peña
que nombraste de Francia.

PAYO.
La pescuda.
¿Para qué la queréis? ¿Para her leña
y acarrear carbón?

SIMÓN VELA.
Es fuerza acuda
á buscar cierta joya que me enseña
el cielo en ella.

PAYO.
Sí, santo es sin duda.
Vente, que es hora y van lejos los carros.
Si se llega, aquí llevo dos guijarros. *(Vanse.)*

SIMÓN VELA.
¡Peña de Francia mía, que he ya hallado
noticia vuestra! ¡Peña de mi vidal
loco de gozo estoy; todo el cuidado
de mis largos trabajos se me olvida.
Una mujer (en vos, Peña), me ha dado
mi suerte, hermosa, santa y escogida.
¿Qué aguardo que no os busco, pues me enseña
el cielo á donde estáis, divina Peña?
Yo hago á vuestros riscos juramento,
y á la voz que, piadosa, mis pies guía,
de no admitir desde hoy algún sustento
hasta hallar á la hermosa prenda mía.
Vos me daréis, sagrada Peña, aliento;
seguir quiero la simple compañía
de estos sencillos pobres carboneros.
¡Peña de Francia, muerto voy por veros!

(Vasí.)

ESCENA X

Sale DON ENRIQUE, de carbonero, y PADILLA.

ENRIQUE. Hago de ti la confianza
que siempre.

PADILLA. Y yo, que te he visto,
el gozo apenas resisto,
aunque lloro esta mudanza.

ENRIQUE. ¿Qué de ello que se ha de holgar
la Infanta, que por ti llora!

PADILLA. ¿Llora por mí? Si te adora,
¿qué ha de hacer sino llorar?

ENRIQUE. ¿Cómo, si dicen que el Rey
la casa con el traidor
don Pedro?

PADILLA. Sólo en tu amor
funda su ventura y ley.

ENRIQUE. Padilla, mi ser y vida
está en tu mano; ya sé
tu lealtad, secreto y fe.

Dile á mi Infanta querida
de la manera que estoy,
y que si me da lugar

para que la pueda hablar,
puesto que á la muerte voy:
Esta noche será el día

en que mi firme esperanza
alcance alegre venganza
del pesar que antes tenía;

y por si á venir se allana
conmigo, yo te daré
un vestido que compré

hoy para cierta serrana,
que es hija del carbonero
á quien sirvo.

PADILLA. ¡Bueno estás!

ENRIQUE. Su belleza saldrá más
entre este traje grosero,
como el sol entre el nublado,
pues en la sierra escondida
la tendrá nuestro cuidado
hasta que permita Dios
librarnos de tiranías,
y desvaneciendo espías
á Aragón vamos los dos.

PADILLA. Bueno el disfraz me parece;
y nuestra constante Infanta,
si en nuevas de dicha tanta
al dárselas no enloquece,
aprobará cuanto ordenas.

ENRIQUE. Pues, Padilla, no te vayas;
llevarás botines, sayas,
cuentas, corales, patenas,
y un tocado á lo serrano
de los que consigo trajo
la pastora que te digo.

ESCENA XI

Salen ELVIRA y MELISA.—Dichos.

MELISA. ¿No es el lugar muy galano?
¿No te parece muy bueno?

ELVIRA. No, Melisa.
Eres novel.

MELISA. Ha mucho que no veo en él
al mi adorado Mireno.

ELVIRA. ¿Y quieres que me parezca
bien sin él?

MELISA. Pues vesle aquí.
¿Es bueno el pueblo?

ELVIRA. Ahora, sí.
(A don Enrique.)

¿Qué os heis hecho, que ha gran
que os busco por el lugar; ¡pieza
y ya casi que lloraba
como en todo él no os hallaba?

ENRIQUE. Mi serrana, fui á comprar
estas cuentas para vos.

ELVIRA. ¿Son de prata?

ENRIQUE. Daros quiero
ferias.

ELVIRA. ¿De vuestro dinero?

ENRIQUE. ¿Pues cuyo? Tomad.

ELVIRA. ¡Ay, Dios!
¡Y qué garridas, Melisa!

PADILLA. Esta es ángel, no es mujer.

ELVIRA. Téngomelas de coser.

MELISA. ¿Do?

ELVIRA. Al cuello de la camisa.
He de acostarme con ellas,
y en ell alma las metiera
si cuentas traer pudiera
por nunca vivir sin ellas.

ENRIQUE. *(A Melisa.)* Tomad vos esta patena.

MELISA. A la he que tenés franca
la bolsa hoy en Salamanca,
¡Qué garrida Madalena!
Aún no le debo otro tanto
á Tirso.

ELVIRA. No tien poder.

MELISA. Mas miento, que me dió ayer
una del Espritu Santo.

ENRIQUE. ¿No es buen lugar éste?
 ELVIRA. Si,
 de ver su gente me admiro;
 pero yo poco le miro,
 mientras puedo verte á ti.
 PADILLA. No os quiere mal la serrana.
 ENRIQUE. Todo esto es pura inocencia.
 PADILLA. Bien puede hacer competencia
 á la Infanta, aunque sea hermana
 del rey don Juan el Segundo,
 y celebrarse en Castilla
 por la más bella.
 ENRIQUE. Padilla,
 no hay tal Infanta en el mundo.
 ELVIRA. Vámonos que no hay que her
 y es muy tarde.
 PADILLA. Por extremo
 es bella.
 ELVIRA. Venid, que temo
 que os he otra vez de perder.
 ENRIQUE. Id vos, mi Elvira, adelante,
 que pues las carretas van
 despacio, poco andarán;
 yo os alcanzaré al instante;
 que quiero sacar mi hermana
 de la casa donde está
 porque os sirva á vos allá,
 que es propia para serrana.
 ELVIRA. ¿Hermana tenéis aquí?
 ENRIQUE. Sí, mi Elvira, y un tocado
 de esos pide.
 ELVIRA. De buen grado,
 hoy le aliñé: heisle ahí.
 Pero, no os he de dejar.
 (Cógele el sayo.)
 ENRIQUE. Sí, sí, que importa, mi Elvira.
 PADILLA. Del sayo ¡por Dios! le tira.
 ELVIRA. ¿Vos mal queréis her llorar?
 PADILLA. ¿Hay tal gracia?
 ENRIQUE. (Aparte.) A no deber
 á mi Infanta lo que debo,
 por Dios, que con amor nuevo
 me hechizara esta mujer. (Vanse.)

ESCENA XII

Salen el REY y DOÑA CATALINA.

CATALINA.

Mira, señor, primero lo que haces.

REY.

Infanta, este es mi gusto; no repliques.
 Por fuerza, has de casarte con don Pedro,
 si de grado no quieres; de esta suerte
 tendrás en mí un hermano que te estime,
 y de otro modo harás que verifique
 que aplaudes la traición de don Enrique.
 (Vase.)

CATALINA.

Primero el sol ligero
 no ilustrará este globo tachonado;
 será cera el acero;
 no tendrá arena el mar, ni yerba el prado,
 que á don Enrique olvide,
 ni fuerce el Rey la mano que me pide.

¡Hoy verá en mi Castilla
 la perdición que infama á don Rodrigo!
 ¿A dónde está Padilla?
 No vivo, no sosiego, Enrique amigo
 mal sacarán del pecho,
 tu imagen, que el amor con fuego ha hecho.

ESCENA XIII

Sale PADILLA.—Dicha.

PADILLA.

¿Qué es esto, mi señora?
 ¿De qué son esas quejas?

CATALINA.

Mal conoces

el mal que el alma llora.

PADILLA.

¿Qué mal puede obligarte á que des voces?

CATALINA.

Quiere que dé la mano
 el Rey, al mismo que vendió á su hermano.

PADILLA.

Pues pon fin á tu llanto
 y de contento tus mejillas baña;
 que Enrique te ama tanto
 que en Salamanca está, y riesgos engaña.

CATALINA.

¿Qué dices?

PADILLA.

Carbonero
 tu amor le ha disfrazado.

CATALINA.

Pues ¿qué espero?

PADILLA.

El traje de serrana
 me dió con que te obligue á disfrazarte.

CATALINA.

¡Oh, noche! Que ya humana
 á la fortuna ruegas de mi parte,
 apresura tu coche.

PADILLA.

Por ti vendrá amparado de la noche.

CATALINA.

Dame, pues, el vestido,
 verás que una mujer determinada
 de amor ejemplo ha sido,
 contra la voluntad desbaratada
 de quien me tiene en poco:
 ¡quédate, ciego Rey, infante loco!

ESCENA XIV

Salen PAYO, DORINGO y SIMÓN VELA.

DORINGO. No nos deja este escolar
 con estar los dos tan cerca
 de nuesto pueblo, el Alberca.

SIMÓN. ¿Qué he merecido llegar

á este sitio, Peña amada?
 PAYO. ¿Qué es lo que buscáis, decí,
 buen escolar, por aquí?
 SIMÓN. Busco una joya estimada
 en ese monte escondida.
 PAYO. Buen lance haréis, ¿y es de oro?
 SIMÓN. Es de infinito tesoro.
 DORINGO. ¡Gentil frema, por mi vidual!
 PAYO. Este debe de ser loco;
 mientras que la joya os dan,
 desayunaos; queso y pan
 vos daremos.

SIMÓN. Poco á poco
 subiré donde me enseña
 mi adivino corazón
 que ha de hallar mi devoción,
 (Va subiendo.)
 mi esposa dentro una peña;
 que juré de no comer
 hasta merecerla hallar,
 alma, aliento y caminar.
 DORINGO. Vos lleváis bien que entender
 si arriba cuidáis sobir.
 SIMÓN. Dios alivia mi trabajo.
 (Entrase arriba Simón Vela.)
 PAYO. Escolar, no deis abajo,
 que temo habéis de plañir.

ESCENA XV

Sale el CONDE DE URGEL.—Dichos.

CONDE. Payo, Doringo, ¿y mi Elvira?
 PAYO. En la ciudad se quedó
 con los demás.

CONDE. ¿Pues tú?
 PAYO. ¿Yo?

Vengo huyendo de la ira
 escolariega, que en mí
 hizo fuerte.

CONDE. ¿Y no venía?

DORINGO. Dijo que comprar tenía
 unos corales allí;
 y ella, Melisa y Mireno
 se quedaron; mas ¡par Dios!
 amo (aquí para los dos)
 que no le tengo por bueno;
 porque delante nosotros,
 y aún en secreto, al garzón
 miraba con enfiación,
 y aun se decían sus quillotros;
 y como Elvira no es fea
 y el mozo tien buen reclamo...

CONDE. ¿Qué?
 DORINGO. Que pregue á Dios, nuesto amo...

CONDE. Dilo.

DORINGO. Que orégano sea.

CONDE. ¿Que la cólera refreno

y no te mato, animal?

PAYO. ¿Luego vos cuidáis que el mal

no hué de amor de Mireno?

CONDE. (Aparte.) No hablan sin ocasión

éstos, que ya yo he notado

de Elvira el nuevo cuidado

y me causa confusión;

pero el fuego que la abrasa

cesará, si de quien es

le doy cuenta; harélo pues
 luego que lleguen á casa.
 (A ellos.) ¡Hola, la lengua templada,
 que es muy honrada mi Elvira!
 PAYO. ¡Pregue á Dios! que amor que tira
 da en ell alma virotada. (Vanse.)

ESCENA XVI

Sale SIMÓN VELA, arriba, sobre las peñas.

SIMÓN. Peñas que estimo y adoro
 ¿por qué me ocultáis así
 la esposa que apetece
 por mi divino tesoro?
 ¡Jesús! un mortal desmayo
 me impide el vital aliento;
 en faltándole alimento
 la flor desfallece en Mayo.
 ¡Vuestro nombre eterno invocó!
 Mas, no es en balde esta pena,
 que hallar una mujer buena
 nunca suele costar poco.
 (Abrese una peña y descúbrese una mesa
 proveída.)
 ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
 Convidado soy, mi Dios,
 una peña abierta en dos
 banquete franco me ha puesto.
 ¡Milagrosa maravilla!
 Plato el cielo me hace franco;
 cecina, queso y pan blanco
 me sirven, será mi silla (Asiéntase.)
 este peñasco; yo he sido
 dichoso en hallar mujer
 que sabe dar de comer
 sin ofensa del marido.

(Come. Sale agua de una peña.)

Brindando me está esta peña
 como á Moisés y á Sansón.
 Hacer quiero la razón; (Bebe.)
 sabrosa es como risueña.

(Encúbrese todo.)

Púsome el cielo la mesa
 como al celador Elías.
 Durmiéndome estoy, que ha días
 que mi cuidado no cesa
 en desvelarme; aquí es trato,
 cansancios, satisfacer,
 que siempre tras el comer
 es salud dormir un rato. (Duérmese.)

Voz. Simón, vela; que no medra
 quien busca y se duerme así.

(Desgójase un risco desde lo alto y dale
 en la cabeza, y sátele sangre y despierta.)

SIMÓN. ¡Jesús! ¿Qué es esto? ¡Ay de mí!
 descalabróme una piedra.
 Peligro corre mi vida
 mas no hará, que si quisiera
 matarme Dios, no me diera
 tan sazónada comida.

(Sube y mira la rotura de la peña.)

Un agujero hasta dentro
 llega en la peña, de donde
 cayó el risco, en él se esconde
 una imagen que es su centro.
 ¡Oh, Soberana Señora!

Vos mi esposa habéis de ser que no se hallará mujer como yo buscaba agora. Quiero ver si quitar puedo el peñasco que os sirvió de sagrario; pero yo soy solo, y herido quedo.

(Forceja con la peña.)

Voy á llamar quien me ayude y este estorbo facilite; ¡qué buen postre de convite! no es posible que se mudé si no viene mucha gente. Muriéndome estoy por veros; á llamar los carboneros vaya mi amor diligente. Vengan y con dulce celo festeje mi fe dichosa delante todos la esposa con que hoy me enriquece el cielo.

(Vase.)

ESCENA XVII

Salen el CONDE y ELVIRA.

ELVIRA. Si noble, padre, he nacido también lo debe de ser Mireno. ¿Queréislo ver? Pues yo os mostraré el vestido que bajo el sayo encubrió y agora de jerga tapa; guardada tengo la capa que aquí cerca se quitó, y vos tal no la tenéis.

CONDE. ¡Notable caso!

ELVIRA. Su hermana, aunque pensáis que es serrana, padre, engañado os habéis. De Salamanca la traje; sacóla de donde estaba y como señora andaba. Más desterróla un trabajo; nobles son.

CONDE. Bien puede ser; que pues tanto ha que se esconde (Aparte) entre estas peñas el Conde de Urgel, temiendo perder la vida (que perseguida buscó Aragón tantos años) también temerán sus daños estos, si andan tras su vida. Vislumbres de su nobleza entre el sayal han mostrado. (A alta.) La capa que habéis guardado quiero ver.

ELVIRA. De la cabeza se quitó una caperuza redonda como un mortero, y un asador dentro un cuero que con mil hierros se cruza. Todo lo tengo escondido. ¿Pensaréis que esto es mentira? Pues venid.

CONDE. ¿Qué es esto Elvira?

ELVIRA. ¿Qué? Que ha de ser mi marido, ó sino abrirme la huesa.

CONDE. Ojalá tenga valor; porque según es mi amor te le daré, aunque me pesa. (Vanse.)

ESCENA XVIII

Salen DON ENRIQUE y LA INFANTA DOÑA CATALINA, de carboneros.

CATALIN. Enrique; tu lengua acorte agradecimientos vanos, que entre estos simples serranos, más contenta que en la corte me alegra tu compañía.

ENRIQUE. Eres de firmeza espejo; encarecimientos dejo, que en amor, falta sería solamente en esos brazos.

CATALIN. Paso que los carboneros vienen.

ESCENA XIX

Sale SIMÓN VELA y carboneros con picos y azadones. Dichos.

SIMÓN. ¡Ea, compañeros, si la Peña hacéis pedazos, yo os aseguro un tesoro cuya divina ganancia, la Peña, ensalce de Francia, más que á Ofir y á Arabia el oro: Traed azadones todos.

PAYO. ¡Hao, diz que un tesoro ha hallado!

TIRSO. Debe de estar encantado, desde el tiempo de los moros.

(Vanse por las peñas Simón y los carboneros.)

CATALIN. ¿Qué es esto?

ENRIQUE. Simplezas son de estos rústicos.

CATALIN. Contigo más corte es, Infante amigo, esta desierta región, donde la quietud se goza, que la del Rey de Castilla; más esta gente sencilla que en Aragón Zaragoza.

ENRIQUE. ¡Ay, siempre amorosa Infanta! (Abrazala.)

ESCENA XX

Salen el CONDE y ELVIRA.

ELVIRA. Padre, ¿no veis cual están? ¡Ay Dios! desmayos me dan de rabia.

CONDE. Elvira, levanta, que bien pueden abrazarse

(Desmayase Elvira.)

si son hermanos los dos.

¿Qué hacéis, Elvira, aquí vos?

No es tiempo agora de estarse con las manos en el seno;

idos vos á casa á hilar,

que no es fiesta.

ELVIRA. De pesar

estó finada.

CONDE. Mireno, oye aquí aparte. Tú, Elvira, vete á casa.

ELVIRA. Así lo haré. (Vase.)

CATALIN. Celosa, Elvira, se fué, que me miraba con ira. (Vase la Infanta.)

ESCENA XXI

DON ENRIQUE y el CONDE.

CONDE. Hoy he sabido, Mireno, que entre aquesas ropas bastas encubres, como oro en minas, prendas de más nombre y fama. La espada que te quitaste, con el sombrero y la capa, he visto que guarda alegre quien en el pecho te guarda; y deseando saber

la ocasión de tal mudanza, para obligarte pretendo contarte mi historia amarga. Don Jaime, soy, de Aragón, Conde de Urgel é Igualada.

ENRIQUE. ¡Válgame el cielo! ¿Qué dices?

CONDE. Oye atento mis desgracias.

El Rey don Martín primero, con su hermana doña Sancha me casó, dándome en dote del reino las esperanzas.

Murió el Rey sin sucesión, poniéndose á la demanda de Aragón tres pretendientes, que fueron: el Rey de Francia, hijo de doña Isabel,

del Rey don Martín hermana, y el otro fué don Fernando, que los Reinos gobernaba del Rey don Juan el segundo, su sobrino, de la Casa de Castilla.

ENRIQUE. (Aparte.) Y padre mío.

¡Ah, fortuna, qué no ultrajas!

CONDE. Yo fui el tercer pretendiente, aunque el primero en desgracias, y aun pienso que en la justicia.

Dividióse en bandos y armas la Corona de Aragón,

porque cada cual fundaba en derecho su justicia;

y, en efecto, juntar mandan los tres Estados en Cortes,

donde letrados de fama alegan en su derecho

leyes con disputas largas.

Venció D. Fernando, en fin, (si injustamente, ya paga el cuerpo en polvos deshecho, y en el otro mundo el alma).

No consintió Cataluña,

juzgando mi acción por clara, la sentencia y compromisos; antes, puesta toda en armas, hizo que me prometiese

Fernando, entre villas varias, cien mil florines de renta y cuatro cargas de plata porque no le compitiese. Neguelo, vine á batalla; prendióme con mi mujer, (que estaba entonces preñada de la serrana que hechizas, por su desdicha serrana).

Trujéronnos á Toledo, y puestos en el Alcázar de Madrid, tuvimos modo como, engañando á las guardas, huyésemos á estos montes, donde, oprimida y cansada de peñas y años, murió mi querida doña Sancha.

Quedé solo con mi Elvira, y vendiendo en Salamanca algunas joyas que truje, compré prados, montes, cabras. Convertido en carbonero,

aquí donde vi mis canas, carbón agora, antes nieve, por luto de mis desgracias. Esta, joven, es mi historia; si eres de ilustre prosapia y trabajos te han traído

aquí, la hermosa serrana que te adora, es hija mía y tu esposa, si es que pagas los quilates de su fe, que es interés de las almas.

ENRIQUE. Lastimoso es tu suceso,

Conde; aventuras extrañas he sabido de tu vida, y aunque, con razón, me espantan oye, don Jaime infelice, tempestades y borrascas de los golpes de mi suerte.

ESCENA XXII

Sale PAYO.—DICHOS.

PAYO. Nueso amo el Rébede en casa.

CONDE. ¿Qué dices, necio?

PAYO. Que viene á nuevas pobres moradas el Rébede de Castilla, y ya á nuevas puertas llama.

ENRIQUE. ¿El Rey? ¡Ay de mí!

PAYO. ¿Qué avedes?

Diz que desde Salamanca viene en busca de un su primo que se acogió con la Infanta. Hete que llega.

ENRIQUE. Yo soy á quien don Enrique llama el mundo.

CONDE. ¡Válgame el cielo!

ENRIQUE. Conde, entre estas breñas altas quiero ocultarme, procura, (así en vejez descansada tus trabajos se conviertan) esconder la que mi hermana juzgas, siéndolo del Rey,

que es mi esposa.

CONDE. Espera, aguarda.
(Huye las peñas arriba.)
¿Vió el mundo caso como este?

ESCENA XXIII

Salen el REY, DON PEDRO, DON GONZALO y GUARDAS.—
DICHOS.

REY. No dejéis piedra ni planta
que no busquéis, don Gonzalo.
(Siguele don Gonzalo y Guardas.)

GONZALO. Yo mismo iré con las guardas;
pues mientras él no muriese
no vivirá mi privanza.

CONDE. Dame, gran señor, tus pies.

REY. ¿Quién eres, viejo? Levanta.
CONDE. Un carbonero que habita
estos montes. ¿Di, qué mandas
poderoso Rey en ellos?

REY. ¿No has visto un traidor que anda,
en rústico traje oculto,
de buen talle y negra barba?

CONDE. Aquí todos las traen negras;
pues con ser las mías tan blancas
tal vez el carbón las tiñe.

REY. Mozos hay de buena cara
que me sirven en la sierra.

PEDRO. Ésta es, gran señor, la Infanta;
que huyendo paró en mis manos.

ESCENA XXIV

Sacan á la INFANTA, de serrana, y sale DOÑA ELVIRA.
DICHOS.

ELVIRA. Más que mala pro la haga
el Infantazgo, pues tengo
por ella perdida el alma.

REY. ¡Vergüenza tengo de verte!
¿y no la tienes, ingrata,
de asistir en mi presencia?

ELVIRA. ¡Qué bien honras tu prosapia!
¡Villano traje escogiste
por que, en fin, fuiste villana!
Yo castigaré tus culpas.

CATALIN. Las de aduladores...

REY. Calla.

CATALIN. Castiga, que no doy yo
la mano...

REY. Cesa, liviana.

CATALIN. A un hombre que hermanos vende.
PEDRO. Yo soy leal y á las armas
remito la prueba de esto.

CATALIN. ¿Perderás, como la espada
el respeto á quien se injuria
con tu sangre?

REY. ¡Loca, basta!
Que estoy yo aquí; más quien pierde
su opinión no mira en nada.

ESCENA XXV

Sobre lo alto de las peñas sale abrazado don
ENRIQUE con don GONZALO.—DICHOS.

ENRIQUE. Aunque mi muerte está cerca,
pues el Rey matarme manda,

traidor, que los nobles vendes,
hoy he de dejar á España
escarmientos con el tuyo.

GONZAL. ¡Don Enrique, que me matas!
ENRIQUE. Despeñado has de pagar
tus traiciones.

(Cae despeñado en el vestuario
¡Virgen Santa,

GONZAL. que muero!

REY. ¿Estando yo aquí
tal atrevimiento? ¡Ah, guardas!
¿Cómo no le daiis la muerte?

(Sale don Enrique.)

ENRIQUE. Ya yo castigué su infamia:
haz de mí lo que quisieres.

REY. Aquí fuera muerte honrada
la tuya. Valladolid
verá encima de una escarpia
tu cabeza, por traidor.

ENRIQUE. ¡Traidor! Si alguno se osara,
fuera de ti, que mi Rey
eres, á aquesas palabras,
no viviera un cuarto de hora.

REY. Los desleales que amparas
son traidores á su sangre,
que huyendo dejan las armas.

(Sacan dos pastores herido á don Gon-
zalo.)

GONZAL. Llévenme antes que me muera,
pues el aliento me falta,
á la presencia del Rey.

REY. Si es á pedirme venganza,
yo te la daré cumplida.

GONZAL. No, Rey, que el cielo me manda
que mis traiciones te cuente
antes que despida el alma.

REY. Yo he sido alevé y traidor
á Dios, á ti y á la Infanta,
á D. Enrique, á Ruy López,
pues salieron por mi causa
de tu Corte y de tus Reinos.

CONDE. Con traiciones y marañas
los derribé de tu gusto
y los puse en tu desgracia;
yo quise darte la muerte
la noche que imaginabas
ser don Enrique quien dió
al paje de puñaladas;

REY. á mi persuasión, don Pedro
te dió la relación falsa
que condenó á don Enrique;
él fué quien puso la escala
que hallaste en tus Reales muros;
no puedo hablar más; si basta
esto para que el Maestre
quede disculpado, manda... (Muere.)

REY. En el manda expiró el pobre.
Su vida el cielo alargara
para que en su castigo
ejemplo al mundo quedara.

(Llevan al difunto.)

PEDRO. ¿Es esto verdad, don Pedro?
Confuso digo á tus plantas
que me inclinó á ser traidor
la pretensión de la Infanta;
y advierte que no fué cifra
la división de la carta

que nos hallaste á los dos,
para deservirte.

REY. Basta.
Dadme esos brazos, Enrique;
que si con traiciones tantas
hasta vuestro hermano mismo
os persiguí, ya se acaban
vuestras desdichas. Desde hoy
vuelto á mi amistad y gracia
con nuevo estado y mercedes
gozaréis de mi privanza.

LOS DOS. Mi hermana es ya esposa vuestra.
Pisen esos pies la sacra
esfera.

ELVIRA. ¡Ay, cielos! ¿qué escucho?

REY. ¿Qué tiene aquesa serrana?

ENRIQUE. Celos, amor y ventura
de que á tal ocasión hayas
venido á hacerla mercedes.

REY. Hija es de esas nobles canas
que á D. Jaime de Aragón,
porque te temen, disfrazan.

CONDE. ¿Don Jaime? Infante. ¿Qué dices?

REY. Yo soy quien desdichas tantas,
como ves, he padecido;
pero, ya á tus pies...

REY. Levanta,
ilustre Conde de Urgel,
que me enterneces el alma.

ENRIQUE. Yo quiero dar bien por mal
á mi hermano, que así pagan
los leales de mi esfera.

REY. Su esposa será, si mandas,
doña Elvira, hija del Conde.

CONDE. Vuestro gusto, primo, se haga.

REY. De tu mano es tanta dicha.

ELVIRA. Pues lo es vuestro, Enrique, vaya.

ESCENA XXVI

Salen TIRSO y SIMÓN.—DICHOS.

TIRSO. Nueso amo, venga y verá
la maravilla más rara
que en el mundo ha sucedido.

CONDE. Quedo, necio.

TIRSO. Oiga que es brava.

ELVIRA. El escolar que siguiendo
los carros de Salamanca
se nos vino tras nosotros,
descubrió una imagen santa
dentro de una dura peña,
de donde salió más crara
que el sol, y llevando todos
azadones y palancas,
desencajamos el risco

do la Imagen se encerraba,
y cortando de los robles,
de enebros y encinas, ramas,
para adornarla, hemos hecho
(aunque humilde) una cabaña.
Más hétela, se aparece.

(Descúbrense una cabaña de ramos en lo
alto y en un altar de lo mismo una ima-
gen de Nuestra Señora, con luces y á su
lado Simón Vela.)

REY. ¡Oh Madre del gran Monarca,
que bajando del Empíreo
hizo trono tus entrañas!

CONDE. A dichoso tiempo vine:
yo haré que te labren casa
donde estés con más decencia.

ENRIQUE. ¡Gran milagro!

REY. ¡Cosa extrañal
pero ¡aquél no es Simón Vela
y esta la Peña de Francia,
que con tanta devoción
por nuestros reinos buscaba?

CONDE. Amigo, tu suerte envidio.

SIMÓN. Yo, señor, te doy colmadas
gracias por lo que te debo,
y el parabién de que salgas
del golfo de tus desdichas
al puerto de tu esperanza.

REY. Rey don Juan, sol de Castilla,
esta Imagen soberana
está aquí desde los tiempos
que Rodrigo perdió á España;
haz pues que aquí se fabrique
una generosa casa
y que su gobierno tengan
los Padres de la orden sacra
del grande español Domingo;
porque ya el cielo me llama
para darme en dulce muerte
hallazgos de tal ganancia.

CONDE. Yo haré, Divina Señora,
lo que vuestro siervo manda.

REY. Demos Enrique la vuelta
á mi corte, donde os hagan
recibimientos festivos;
y de Aragón y Navarra,
los Reyes á alegrar vengan
bodas de nobleza tanta;
que, al viejo Conde de Urgel
restituirán á mi instancia
los Estados que ha perdido,
pues ya sus desdichas pasan.

CONDE. Llámeme su Augusto Roma.

ENRIQUE. Esta Imagen (de Dios Alba)
es la que España venera,
y ésta la Peña de Francia.